
CAPÍTULO XXV.

Su educacion.

Ardua tarea nos hemos impuesto al empezar estos apuntes, si hemos de considerar minuciosamente y cual nuestro estado social requiere, esa educacion tan necesaria á la mujer, como regeneradora de las costumbres humanas. Tan delicado tema exigiria el esfuerzo de plumas mejor cortadas que la nuestra, talentos más privilegiados, experiencias más fundadas y un criterio superior al que nuestra imaginacion abarca; pero habiendo puesto al descubierto las llagas más profundas de esa patologia moral, justo es que indiquemos lo que, en nuestro concepto, puede ser el plan curativo de esas dolencias que tan hondamente afectan á nuestra manera de ser.

La educacion de la mujer debe, á nuestro juicio, abrazar dos partes: la parte moral y la racional. Dotada de sentimientos superiormente delicados; constituyendo estos sentimientos la mayor parte de sus actos, justo es que, en orden de prelacion, tratemos como base de su educacion moral. La influencia que la madre ejerce sobre la imaginacion y el alma de sus hijos, se nos ha hecho tan notoria, que pasa á la ca-

tegoría de verdad innegable. Todos los preceptos, todas las máximas, todos los axiomas que nuestra madre empleó para hacernos distinguir el bien del mal en nuestra infancia, están grabados en nuestras almas con caracteres indelebles, y son norma de nuestras acciones libres. Designamos con este calificativo á aquellas acciones en las que el hombre obra sin predisposicion y en el perfecto uso de sus facultades morales, para distinguir las de aquellas que ejecuta dominado por una pasion que se sobrepone al raciocinio.

La educacion moral de la mujer debe ser, pues, encomendada exclusivamente á la madre, porque conociendo esta sus inclinaciones y capacidad, puede dirigirla más hábilmente que el más experimentado moralista; es, por tanto, preciso que esa madre que la produjo, esa planta de que brotó, se encargue de abrir el virginal capullo del alma de su hija, para no manchar sus pétalos ni viciar su encantador perfume.

Esta madre-directora, debe estar persuadida de que la mujer lleva en sí los gérmenes de su vida futura en el candor y la ternura de su alma: á ellos debe llamar con frecuencia, á ellos debe recurrir, teniéndolos constantemente en actividad, á fin de que, ejerciendo su influencia en el cerebro, se reflejen en los actos más sencillos de su vida. Debe cuidar de enaltecer á su discípula el valor de la verdad y el sello de dignidad que su uso imprime en la mujer, para que al llegar á su desarrollo intelectual, pueda apreciar sus ventajas y comparar sus resultados con los de la mentira. Así como la gota de

agua que cayendo constantemente sobre un punto determinado de la roca, llega á horadarla, sus reflexiones y su enseñanza deben dirigirse exclusivamente, cuando la necesidad lo exija, á moderar y reprimir los defectos que en su hija note, tanto para conseguir su total extincion, cuanto para inclinarla á las virtudes y acostumarla al dominio de su voluntad.

Nada influye tanto en la educacion de un hijo como el ejemplo: desmoralizad á la madre, y habreis corrompido á la familia entera; inspiradla virtudes, y se reflejarán en el esposo y en los hijos. La niña debe tener siempre ante su vista dos modelos de virtud en las personas de sus padres; la niña debe aspirar la delicada fragancia de la paz doméstica y nutrir su inteligencia con el sabroso fruto de la moral cristiana. No se le debe mostrar ni aun de léjos ese brillo del mundo, tan funesto para ella, y que despues pudiera convertirse en escala de su degradacion: debe educársela en el amor á la pobreza y al trabajo, para que con el primero se habitúe á considerarse feliz con lo que posea, matando de este modo la ambicion, y encuentre en el segundo una egida salvadora de su virtud.

La imaginacion de la mujer está siempre en una actividad superior á la del hombre, porque existe innato en ella el deseo de saber: por esta razon su alimento intelectual debe serle repartido gradualmente, pero con asiduidad, á fin de que, ocupándose en una provechosa instruccion, no abra los oidos á los vicios opuestos. Su direccion es la base de su enseñanza; si la madre, con ese instinto peculiar á

todas ellas, nota un principio de defecto en su hija, allá acudirá solícita propinando el antidoto del mal, y borrando la impresion que una mala inteligencia ó una imprudente revelacion, han podido producir en aquella alma virgen.

Inculcando en ella la modestia como base de su educacion, se la previene contra el abuso del lujo y de la ostentacion, que tan caros suelen costar á la mujer, y se la reviste de ese pudor que nos fascina cuando brilla en una frente virginal: la sencilla violeta que crece oculta entre la yerba, no nos es menos grata que el orgulloso girasol elevando su cabeza entre las demás plantas y buscando sin cesar el ardiente beso del sol. Por esta misma causa debe enseñarse á la niña á no aspirar á colocarse sobre sus compañeras de infancia, porque el más leve descuido habrá de conducirla al orgullo y la vanidad, causa demasiado frecuente de su perdicion.

Viendo á sus padres en perfecta armonía y colmándose de atenciones mútuas, teniendo siempre ante sí el ejemplo de su amor conyugal, llegará la niña á persuadirse de que la verdadera felicidad de la mujer consiste en llegar á ser una buena esposa y una cariñosa madre; comprenderá que en ese estado á que la llama el porvenir, su tranquilidad, su goce y su dicha deben ser el amor de su esposo, y se acostumbrará desde la infancia á no fijar su atencion sino en un solo hombre, y á no aspirar á otra cosa que á su cariño.

La mujer debe llegar á la pubertad sin conocer que el oro es la palanca removedora de casi todos los obstáculos, á fin de que, cerrando su alma al in-

terés, le posponga á las satisfacciones del espíritu. Si su corazón se interesa por un hombre, y la madre la ha acostumbrado á encontrar en ella una amiga, á ella de seguro acudirá haciéndole su confianza, y entonces á la madre compete averiguar si aquel hombre es digno del amor de su hija, pero atendiendo exclusivamente á sus condiciones morales, no en manera alguna á su posición social. De un pobre honrado y laborioso, puede hacerse un buen ciudadano y un virtuoso padre de familia; de un hombre apegado á sus riquezas, que mira el trabajo como humillación y la ociosidad como el estado habitual del hombre; que desdeña la pobreza si no la considera un crimen, no puede esperarse un buen esposo ni soñar en él un buen padre.

En esta fase de la vida, es en la que necesita la mujer de mayor dirección y en la que termina su educación moral: todos los seres racionales, sin excepción posible, sienten una vez en la vida el amor, porque es la más potente aspiración del alma. Se ama, porque así lo necesita constantemente el espíritu, porque siendo el alma inmaterial, inmateriales han de ser sus afectos: sea el amor divino, sea el filial, sea el paterno, el fraternal ó la amistad, que es una ramificación del último, el alma siempre siente amor: por esta razón ese sentimiento entra por tanto en las acciones humanas.

De aquí se deduce que la joven que ama, predispuesta al bien, porque el amor es el generador de las acciones grandes y levantadas, solo necesita un guía en el intrincado laberinto de sus ideas. No es prudente coartarle esa afección de pronto y sin otra

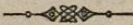
explicación que su inconveniencia: si efectivamente las cualidades del hombre en quien se ha fijado no son las más propias para esperar su felicidad futura, debe la madre poner de relieve y paulatinamente las razones en que se funda para aconsejarla el olvido de aquella pasión; pero huyendo siempre de que la aconsejada lo crea una imposición, una orden, porque no hay cosa que más excite el amor que las contrariedades ó los obstáculos. Nuestra pobre imaginación es tal, que basta que en un deseo encontremos una oposición, que nuestro desvarío nos figura sistemática, para que ese deseo se convierta en abrasadora pasión de nuestra alma. Así, pues, la madre debe proceder con exquisito tacto en tan delicado asunto, y estar persuadida de que si por un prodigio de paciencia consigue arrancar del corazón de su hija la imagen de aquel hombre, ella, sin esfuerzo ninguno, sin violencia muy notable, se apartará de él, y tal vez procederá con más mesura en la elección de persona más digna.

Toca después al hombre proseguir en la educación moral de su esposa, no hiriendo su amor propio ni rebajándola del nivel en que la colocara al darla su mano y su nombre: después de él, ó mejor dicho, á la par que él, debe reinar en el hogar sobre el pueblo compuesto de los hijos y servidumbre de la casa. Cuidando de no ofender su pudor con palabras mal sonantes, impidiendo que en su casa se comente la crónica escandalosa de la población, tiene asegurado en gran parte el amor de su esposa. Rodeándola de una aureola de dignidad y respeto, tributándole esas pequeñas y repetidas muestras de

afecto que debemos al ser con quien unimos nuestro porvenir, la mujer no podrá ménos de amar á su esposo y consagrarle todos los latidos de su corazón.

Ha de cuidar también el esposo de no lastimar la susceptibilidad de su compañera, ensalzando en su presencia de un modo apasionado, las dotes de que carezca y encuentre en otra mujer, porque si la pintura es vehemente, en vez de producir los efectos de provechosa enseñanza, despertará en ella la pasión de los celos, que es el peor consejero en cuestiones de amor; así como si encuentra defectos en la administración de la casa, ó sea en la marcha de su parte económica, debe tener un especial cuidado en su corrección, la cual debe ser más bien un consejo que una órden de mando.

Indicados, aunque á la ligera, los principales medios que existen dentro de la familia para mejorar la educación moral de la mujer, veamos cual debe ser la racional, ó sea la instrucción que debe recibir.



CAPÍTULO XXVI.

Su instrucción.

La civilización ha obrado en el mundo transformaciones tan radicales, que han cambiado su faz y nos han revelado infinitos secretos de la naturaleza: la ciencia se enriquece cada día con nuevos descubrimientos, y en su febril carrera remueve cuantos obstáculos cierran el paso á la perfección del hombre; pero ni la ciencia ni la civilización podrían subsistir sin la instrucción que las creó y las puso en condiciones de progreso.

Pasó afortunadamente aquel tiempo en que una inconcebible obcecación negaba á la mujer la conveniencia de instruirse, levantando en su teogonía un altar á la ignorancia de su sexo. La experiencia nos ha demostrado cuan errónea era esta idea, y cuan interesada está la humanidad en instruir á la mujer, como parte integrante de la familia: dásela, por tanto, la facultad de pensar, y se la permite dedicar una parte de su tiempo al descubrimiento y á la revelación de la verdad, para la nutrición de su alma y para enriquecer el tesoro de sus conocimientos.

No avanzamos tanto, sin embargo, que llegue-

mos á pedir para ella la facultad de seguir una carrera literaria, ni demostrar en el foro ó en el anfiteatro la esplendidez de su retórica, ó la copiosidad de sus observaciones: este diamante de la humanidad, brilla con mejor luz engastado en el hogar, que exornado con el lujo y la ostentacion del sitio público. No anhelamos la mujer filósofa discutiendo en el areópago problemas sociales de más ó menos trascendencia, porque la filosofía de la mujer consiste en agradar, y amando, ser amada: en la plaza pública excitará la admiracion de sus conciudadanos, pero no conquistará el amor de un esposo, ni podrá saturarse de las caricias de un hijo.

Históricamente demostrado está, que aquellos pueblos en que la ignorancia de la mujer predomina, son los más atrasados en la vía de la civilizacion: el libertinaje más asqueroso reina entre ellos, y embrutecidos por el vicio, narcotizados por la voluptuosidad de los sentidos, caen bajo el dominio del primer conquistador que esgrime su espada sobre sus cabezas: para ellos no existe el amor á su independencia, no hay vínculos sociales que regularicen la marcha de los pueblos, no más bien que la satisfaccion de sus instintos brutales: la dignidad es completamente desconocida, nulo el amor al trabajo, y solo ambicionan revolcarse en el horrendo cenagal de sus pasiones y de sus crímenes.

Allí donde la mujer es instruida, donde la madre puede cuidar de la educacion de sus hijos, donde la jóven encuentra un verdadero amigo en cada libro que consulta, el pueblo es noble, enérgico, libre, y la más completa armonía reina entre esa

gran familia que conocemos con el nombre de Estado. En él imperan con brillante esplendor las ciencias, las artes y la industria; crece la produccion y multiplica sus formas al infinito, mientras la sociedad ve marchar á su cabeza las grandes creaciones de la civilizacion, porque la madre instruye y educa á sus hijos en el amor al trabajo, á la ciencia y á la virtud, que son las fuentes generatrices del progreso.

La educacion literaria de la mujer, mejor dicho, su instruccion, debe ser objeto de un especial cuidado por parte del hombre, conteniéndola en los justos límites en que es necesaria: esta instruccion, no solo le ayudará á expresar las ideas y conceptos que germinen dentro de su cerebro, sino que, aficionándola á la lectura, servirá con esta de abundante pasto á su alma, avara siempre de aprender lo nuevo y desconocido. Aparte de esos primeros rudimentos de la formacion del lenguaje, es sumamente conveniente que tome ligeras nociones de las ciencias exactas, para que tanto su aplicacion á los usos domésticos, como el conocimiento de tantos y determinados fenómenos, encuentren explicacion satisfactoria en su mente, sin necesidad de acudir á lo sobrenatural. De esta manera se conseguirá tambien ponerla en condiciones de ser verdadera maestra de sus hijos cuando llegue á tenerlos, y de poder inculcarles los primeros rudimentos de esas ciencias, á las que tan refractaria se encuentra la inteligencia en edad más avanzada. Estudiando las ciencias morales, y en especial la historia, podrá la mujer adquirirse un caudal de conoci-

mientos que, no solamente le serán de suma utilidad, sino que al enseñarlos á sus hijos, habrá dado un paso agigantado en su regeneracion.

Hay más aún: la intimidad del matrimonio está en razon directa de la instruccion de la mujer: donde reina el monopolio de la instruccion en favor del hombre, la desigualdad de conocimientos constituye una diferencia de naturaleza entre la mujer y el hombre. Este necesita dar á conocer sus ideas, desenvolverlas y desmenuzarlas en el crisol de la discusion; y si la esposa no le comprende, si carece de esos conocimientos generales que son la base de las ciencias, no representará para el esposo una compañera, un ser que se le dió para su ayuda, sino una estatua cuyo ropaje puede plegar ó desplegar á capricho, pero en cuyo macizo cerebro no puede alojarse la menor idea. La mujer, como el hombre, forma parte de la humanidad, y por tanto, está en el caso de dar expansion á su espíritu como el hombre le dá al suyo, porque la diferencia de sexo no constituye diversidad en la naturaleza. Para obviar estos inconvenientes, debe instruirse á la mujer en todo aquello que más aplicacion práctica tenga con las cosas de la vida, á fin de que el esposo la encuentre apta para someter al concurso de su examen las mociones del ánimo á que su cerebro no dé satisfactoria explicacion.

Deben dejarse á su disposicion y libre examen las obras maestras de nuestros grandes hombres, en las que se tratan asuntos morales y sociales de la mayor trascendencia, y por las cuales se resuelven con muy acertado talento esos mismos proble-

mas que tanto afectan á nuestro estado actual. Los libros de viajes son tambien excelente vehiculo para llevar á la imaginacion femenina ciertos conocimientos, por los cuales pueda tener idea de la situacion en que la mujer ha sabido colocarse por la instruccion y la virtud. La poesia, ese lenguaje del alma, no debe serle desconocida en las obras de nuestros insignes poetas, porque no hay cosa que más despierte el sentimiento, y es al par un placer que la mujer se apresura á aspirar por todos los poros de su cuerpo.

Con ella se satura de sentimientos nobles y generosos, al par que deleita su oido y distrae su imaginacion de las arideces de la ciencia, y dejando libre al alma en el vaporoso perfume de la inspiracion, tiende sus alas y procura atravesar el infinito en busca de la verdad y de la dicha. Es, además, un buen medio de darle á conocer las excelencias del lenguaje, de llevar á su imaginacion tesis y conceptos que, expresados de otro modo, le serian abstractos, y que por la sonoridad de la versificacion, se le presentan dulces y fáciles de comprender: la mujer es la personificacion de la poesia, y por lo tanto, asimila mejor todas aquellas ideas que encuentra redactadas en esta forma de comunicacion.

Uno de los títulos más gloriosos á que la mujer puede aspirar hoy, es al de reina del salon, á la preeminencia de una tertulia ó velada literaria en la que, á imitacion de la aristocrática dama del siglo XVIII, reuna bajo el techo de su hogar á cuantas notabilidades en ciencias, artes y literatura encierre la poblacion en que vive. Para conseguir esta dig-

nidad, para cumplir su cometido en esa presidencia que la galantería le concede, forzoso es que su instrucción esté en razón directa con lo que de ella se exige, pues de lo contrario caería en la evidencia, y por tanto en el ridículo.

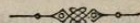
La mujer que ha puesto su talento, mediante la instrucción, en condiciones suficientes á formar una idea exacta de las cosas, ó á lo menos todo lo más posible aproximada á la verdad, no necesita hacer grandes esfuerzos para sacar incólume su virtud del revuelto oleaje de la seducción. Una mujer de talento, y siquiera medianamente instruida, es un inexpugnable valladar donde se estrellan y embotan las armas de la intriga, y al cual no llegan nunca las afirmaciones de la calumnia. Escudada con esta doble armadura, puede impune arrostrar el continuado combate de la vida: en ella encontrará el esposo, al par que un modelo de fidelidad, un apoyo para sus vacilaciones y un consejero para sus actos.

La mujer es un sér delicado y débil, cuya existencia se convierte en una porfiada y cruenta lucha de sus sentimientos con las pasiones mundanas; si, pues, la dejamos abandonada á sus propias fuerzas en esta lucha y no le prestamos el apoyo necesario para vencer, natural es que sea vencida. La culpa de su derrota ¿de quién será entonces? Si la instruimos y educamos de una manera conveniente, si la ponemos en condiciones de poder analizar las consecuencias todas de sus actos, si por su instrucción puede rebatir cuantos argumentos le presente el vicio, ¿deberemos temer su caída? Si no faltamos

á nuestra esposa, si no le mentimos un amor que tendemos quizás á los piés de una advenediza, ¿por qué hemos de temer su infidelidad?

En tésis general, la mujer es lo que el hombre hace de ella, lo que quiere que sea: si el tierno retoño de un árbol no se cuida con esmero, procurando enderezar su tronco, rodeándole de una armadura vegetal para que no sea pasto de los roedores, y podando todo aquel ramaje que no le sea necesario, ese árbol crecerá torcido y raquítico, improductivo é inútil. Formando parte la mujer como el hombre de la gran familia humana, tiene como él que contribuir á la gran obra del progreso: el hombre pone su capital y le trabaja para hacerle productivo por el libre cambio de los objetos de su industria en el mercado: la mujer administra el fondo destinado á subvenir á las necesidades de la vida.

Pero no basta que el hombre haga productivo el capital de su oro, si deja erial el campo de su imaginación: le es preciso más, y comprendiéndolo así, se instruye al tiempo que trabaja. Si la mujer es como el hombre parte componente de un mismo todo, debe como él contribuir no ya al materialismo de la vida, sino á difundir en la familia, en los hijos, ciertos conocimientos, ciertas ideas que el padre no puede darles, toda vez que el trabajo le retiene casi continuamente fuera del hogar. En vista de esto ¿seríamos justos negando á esa mujer la facultad de instruirse para instruir? ¿En qué principio fundaríamos esa negación?



CAPÍTULO XXVII.

Medios de fomentar esta instruccion.

Problema es de solucion muy dificil, plantear un sistema de educacion é instruccion que dé inmediatamente resultados prácticos en la reforma de la mujer, puesto que no en un dia se destruye una organizacion viciosa adquirida en el decurso de muchos siglos. Nuestro deber, no obstante, es proveer á esta primera necesidad que la mujer nos reclama de justicia, y procurar que, si no hoy, desaparezca en adelante esa especie de antemural que nuestros antepasados colocaron entre ellos y sus esposas.

El espíritu del siglo requiere que hagamos un esfuerzo en favor de la generacion presente y de las venideras, siquiera para no darles motivo de queja contra nosotros. Una saludable reforma vá operándose paulatinamente en pró de esta idea, y á ella debemos coadyuvar con todas nuestras fuerzas, aumentando cada cual su grano de arena al cimiento de ese grandioso edificio cuya techumbre ha de abrigar el nuevo semillero de nuevas costumbres. Basta de retrainientos inesplicables; el progreso no puede reconocer miras egoistas, porque, como el sol, alumbra para todos, y para todos espere el dulce calor de sus conquistas.

Incompetentes como nadie para tratar cumplidamente esta delicada materia, y ampliando lo que de una manera general tenemos expuesto en capítulos anteriores, no podemos ménos de consignar nuestra humilde opinion é indicar algunos medios que, en nuestro concepto, podian dar algun resultado práctico.

LA INSTRUCCION PRIMARIA ante todo, debe ser el núcleo central de donde parta la reforma; y para que produzca sus frutos, se debe empezar por reformar dicha instruccion con arreglo á las exigencias de nuestra vida actual; vida que tiende más al desarrollo de la inteligencia que á la conservacion de la materia orgánica, que se preocupa más del fondo que de la forma. No debe, pues, concretarse á enseñar á leer mal, escribir peor é indicar á la mujer los primeros rudimentos de aritmética; debe abrazar dos partes distintas entre sí: la parte moral y la de aplicacion á las necesidades de la vida.

La parte moral, basada en la religion, porque sin religion no se comprende á la mujer, debe absorber sus primeros años, á fin de que, niña aún, se empape su corazon en la dulzura del cristianismo y se nutra con la saludable enseñanza de sus preceptos. Al tiempo que se la enseñe á leer y escribir, puede amalgamarse con estos trabajos el cultivo de su inteligencia, dándole como lectura libros religiosos, cuentos morales, tradiciones y leyendas, en las cuales se preconice el amor á la pureza, á la familia, al trabajo y á la patria, y la sirvan de provechosa preparacion para aprender la historia.

Afortunadamente, España posee mucho y muy

buen repertorio de hechos nobles y generosos, dados á conocer en forma de leyendas, y nada más fácil que recopilarlos, espurgando de ellos los errores que hayan podido introducirse en su relato.

Las nociones religiosas que se pongan á la consideracion de la niña, deben estar escritas en estilo conciso y sencillo, de modo que puedan ser cómodamente absorbidas por su naciente inteligencia: aunque sujetas al dogma y en conformidad con él, deben estar exentas de mistificaciones que, cuando ménos, son causa de extremados escrúpulos ó de prematuro indiferentismo.

Seria tambien muy conveniente variar de cierto en cierto tiempo los libros de lectura, ya sustituyendo la prosa por la poesía, ya refiriendo en distinta forma los cuentos, tradiciones y leyendas que encierran un mismo fin moral, con objeto de estimular la curiosidad de la pequeña discípula, y que no le sea monótono y pesado el libro que constantemente ha de tener entre las manos. Un libro que trate de sus deberes como hija, como esposa y como madre, que reasuma en narraciones claras y provistas de interés dramático los preceptos del Decálogo, ayudará mucho á la educacion de la mujer, puesto que lo que en la infancia se aprende, difícilmente se olvida: de esta manera se ayudaria tambien á la madre, que, en la intimidad del hogar, puede y debe aleccionar á su hija en la parte moral y religiosa de su educacion.

Transcurridos esos primeros años en que más se obra por instinto que por reflexion, debe empezar la verdadera instruccion de la mujer. Nos preocupa-

mos mucho de elegir libros de lectura y gramáticas de nuestro riquísimo idioma, y no nos acordamos de explicarle: el manejo del DICCIONARIO CASTELLANO produciria un doble efecto en la educanda: el de comprender el significado de las palabras, y el de aprender á escribirlas con propiedad ortográfica.

Debe instruirse tambien á la mujer con elementos de GEOGRAFÍA, FÍSICA, GEOMETRÍA é HISTORIA NATURAL, ciencias que tienen inmensa aplicacion en los actos de la vida y en las necesidades domésticas, especialmente las dos últimas. La HISTORIA UNIVERSAL y la particular de ESPAÑA, deben ser sus libros de lectura en la segunda época de su instruccion, y como ejercicio práctico de ella, deben ampliarse sus CONOCIMIENTOS ARITMÉTICOS, especialmente en la MERCANTIL, que es la que tiene más afinidad con el cargo que la mujer debe desempeñar en el hogar.

LA HIGIENE es otro de los elementos que deben ponerse á contribucion para la enseñanza de la mujer, pues con ella evitará muchos y graves padecimientos, no solo á sí misma, sino á su esposo é hijos: esta ciencia, auxiliar de la Medicina y por sí no muy difícil, está, en otros países, muy generalizada, y en España tenemos muy buenos tratados de Fisiología é Higiene que pueden servir para este objeto.

LA ECONOMÍA DOMÉSTICA, es tambien una ciencia cuyos principios deben inculcarse en la imaginacion de la niña, porque á ella deberá más tarde su bienestar social: hay muy buenos autores españoles que han escrito sobre esta materia, y á lo sumo

habria que tomarse el trabajo de compendiar los que parezcan más extensos.

Después de esto, luego que hayamos atendido al alma, y sus alas estén en disposición de tender su vuelo al porvenir, es cuando debemos pensar en instruir á la mujer en lo que respecta á las exigencias materiales de la vida. Hasta que sus sentimientos queden basados en provechosa doctrina, no se la debe atarear con costura y labores de adorno que tiene tiempo de aprender más tarde, y cuando esta útil y provechosa enseñanza sirva de descanso á la inteligencia: además, que para ello le son necesarias muchas nociones de las ciencias exactas, y sin aprenderlas ántes, no podrá darse explicación satisfactoria á lo que solo puede conocer por la práctica. Menos bordados y más ciencia, menos adornos y más solidez en la instrucción, es lo que la época reclama con justicia, puesto que por atender á exterioridades innecesarias, nos olvidamos de la ineludible obligación que pesa sobre la mujer.

La adopción de medios que proporcionen este fin, corresponde al Gobierno de la Nación; pero no por eso deben los ciudadanos echarse en brazos de la indiferencia: si la iniciativa corresponde á las esferas oficiales, privadamente puede hacerse mucho en pró de la mujer. LAS ESCUELAS DOMINICALES, son una prueba de nuestro aserto; pero las citadas escuelas no pueden servir más que para ciertas y determinadas clases sociales, ni pueden dar inmediatos resultados por no ser de lección diaria: su conversión en escuelas de adultas, donde hubiera clase todas las noches, habia de dar más fruto y obtener

más concurrencia, dejando el domingo para solaz de esas mismas clases obreras que no tienen una hora de reposo en la semana.

La creación de pequeñas BIBLIOTECAS (1) donde la madre de familia, la hija y la esposa, pudieran encontrar lectura agradable é instructiva en libros que, bajo recibo y sin estipendio de ningun género, llevarian á su domicilio, seria, en nuestro concepto, de utilidad suma, y fomentaría la instrucción en la mujer de una manera rápida.

LAS CONFERENCIAS PÚBLICAS en los días festivos, dadas por señoras, y en las cuales, no solo se hicieran repasos de las materias enseñadas en la escuela pública, sino que se trataran puntos de higiene, economía doméstica y educación de los hijos, con opción por parte de las alumnas á preguntar y discutir temas sobre las mismas materias, darian gran resultado.

LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS (2) de alguna consideración en las escuelas públicas á las alumnas más aventajadas, serviria de gran estímulo para despertar en la mujer la afición al estudio.

Medios para plantear estas reformas, nos sobran si tenemos un poco de voluntad. Los autores de obras literarias y científicas, prestarán su concurso á tan laudable propósito: ilustres escritoras españo-

(1) La Excm. Sra. Condesa de Carlet acaricia esta generosa idea desde hace algun tiempo, y aun creemos que por su iniciativa se ha de haber constituido una Sociedad para ello.

(2) El Excmo. Ayuntamiento de Madrid acaba de emplear este medio por primera vez. El certámen público se ha celebrado el día 25 de Julio del año actual, obteniendo el primer premio, consistente en una pensión de 1,500 pesetas por espacio de 5 años, la Srta. Doña Pilar Señorans y Rondinas.

las, gloria de nuestras letras, se prestarán gustosas á explicar en esas Academias ó Liceos: las nobles damas de nuestra aristocracia, tan amantes de la caridad que apenas si hay momento en su vida en que no la practiquen, ayudarán gustosas á esta obra de regeneracion en su sexo, porque las palabras *dama española*, equivalen á las de *abnegacion y generosidad*.

No esperemos que se nieguen á trabajar por sus hermanas obreras, ó á quien faltan los medios de adquirir instruccion, porque la mujer en España es una cuando se trata de hacer bien, y la noble señora no se creará rebajada en su dignidad, dando lecciones á la modesta costurera. Ensayemos medios siquiera, y pronto habremos de tocar sus resultados: la experiencia nos indicará las modificaciones que en el plan instructivo sea necesario introducir.



CAPÍTULO XXVIII.

Ventajas que reportarán á la sociedad.

Tocamos al término de nuestro trabajo; y aunque tememos no haber llenado el objeto que nos propusimos, como todo lo que es creado es finito, y todo lo que proviene del alma no puede limitarse, fuerza nos es concluir estos desaliñados apuntes, hijos más bien de un buen deseo que de una larga experiencia y un bien organizado talento. Pésanos, no obstante, dejar la inexperta pluma, cuando aun queda tanto por decir de la mujer, cuando la infinidad de la idea deja entrever dilatados horizontes en los que brilla la luz de la verdad; pero nuestras fuerzas desmayan y vacilamos en nuestra fé al considerar que para nuestro ensayo hemos tomado un asunto gigantesco y de suma trascendencia.

La mujer, educada é instruida convenientemente, debe ser, repetimos, la institutriz de sus hijos. Ningun maestro podrá llevar á sus cerebros dormidos el caudal de verdades, la pureza de sentimientos ni la moral con que la madre mezcla el néctar de su pecho. Ser creado para la práctica del bien, ángel cuyos rosados lábios destilan el almíbar de la bondad, y cuyo aliento embriaga con su perfume de candor